

Nota 3

Tepito, Ciudad de México, martes 13 de junio de 2017

Acudí el martes a mediodía para realizar la entrevista tal y como había pactado con Iván. También cumplí su otra petición: llevaba un block en cuya primera página había anotado una serie de preguntas como guía y una pluma negra por si la requería. Su petición de que acudiera el martes para nuestro encuentro se presta a una aclaración de contexto: los martes el tianguis de Tepito no funciona y, por lo tanto, es el día que los comerciantes y otros prestadores de servicios del barrio (franeleros, diableros, el personal informal de seguridad) descansan. La situación me preocupaba un poco por un par de razones: primero, al contrario de lo que pudiera pensarse, los martes que el barrio se encuentra prácticamente vacío podía ser más peligroso, porque el área comercial está casi desierta, sólo destacan armazones de puestos (en ocasiones cubiertas por lonas) y grandes pilas de basura que los empleados de limpia se encargan de recoger. El escenario podía usarse estratégicamente por ladrones que aprovecharan para esconderse o escabullirse con facilidad. En resumen: son muy comunes las historias de robos a transeúntes los martes.

Mi segunda preocupación era un poco más elaborada y se centraba en la posibilidad de que Iván no cumpliera su palabra y me dejara plantado. Me preocupaba porque, en mi experiencia con la gente del barrio —y particularmente con los que laboran en el tianguis— sabía que muchas veces sus tiempos son mucho más cortos —a veces incluso inmediatos— que los de otros actores en diferentes contextos sociales. Esto, me parece, está relacionado con el hecho de que muchos de ellos viven al día. Vale la pena recordar que el mismo Pelón —con quien comparto un lazo importante de amistad—, estuvo a punto de dejarme plantado el día que conocí a Iván y, aunque Iván había sido bastante amable en mi pasada visita, habían pasado prácticamente cinco días desde nuestro último encuentro. Esta cuestión abría la posibilidad de que la entrevista, tal y como se pactó, no se llevara a cabo.

Llegué a la esquina de los grafitis y no me encontré con nadie ni de ese lado ni del lado del puesto metálico en el que estuvimos la última vez, pero constaté que, aunque todo estaba muy tranquilo, la vida laboral —en una versión mucho más tradicional— de la esquina continuaba: en el delta grafiteado funcionaban con normalidad tanto un lugar de compra y venta de fierro viejo, como un puesto de carnitas y chicharrón. Del lado del puesto metálico, y tan sólo unos metros más adelante, una lavandería atendía con total

regularidad, al igual que una pollería y una tienda de marcos ubicadas en el último tramo de la calle.

Ya que no aparecía nadie, decidí cumplir con las instrucciones de Iván y acercarme al puesto de comida que había señaló un par de cuadras adelante. Es un puesto callejero de comida tradicional, de lámina y pintado en su totalidad de blanco. Gracias a los comensales me enteré de que la mujer que atendía se llamaba Teresa y respondía al mote de Tere. Había por lo menos cinco personas comiendo en el local: en la cara izquierda del rectángulo, una pareja de motociclistas (hombre y mujer), con sus cascos recargados en la pequeña barra del puesto; en la cara frontal, dos mujeres y un niño; la cara derecha estaba vacía y yo decidí sentarme ahí.

Le pregunté a doña Tere qué vendía y me respondió que tacos y gorditas. Decidí comer algo para hacer tiempo por si Iván llegaba a aparecer. Pedí una gordita y doña Tere se tardó en entregarla, porque las otras personas seguían pidiendo tacos. A juzgar por los saludos constantes de los transeúntes, todos los presentes debían ser vecinos de la cuadra y todos se conocían entre sí. Doña Tere me entregó mi comida y le pregunté, sin miramientos:

—Señora, ¿no ha visto a Iván, el de la esquina?

—Iván no sale los martes —contestó con un tono rudo, más bien cortante, y se volteó de inmediato.

La dureza de la mujer no era para menos. Si todos en la esquina se conocían, también sabían a qué actividades se dedicaba Iván y dudo que dieran santo y seña a cualquier persona que llegara a preguntar, sobre todo en un día en el que Iván ni siquiera laboraba con normalidad. Planeé terminar mi comida y ver si podía observar algo desde mi lugar. En efecto, no tardé en notar que un par de casas adelante del puesto de doña Tere estaban vendiendo estupefacientes prácticamente con la dinámica que aprecié la última vez con Iván: los automóviles se acercaban, la gente de abordó pactaba —muy pocas veces descendía del automóvil— y después se retiraban con rapidez. La puerta de la casa estaba custodiada permanentemente por un hombre delgado, de ostentoso bigote y muletas, porque le faltaba una pierna.

También noté a un par de chicos que habían pasado continuamente de ida y vuelta por la calle. Uno minutos más tarde me di cuenta de que cruzaban hasta entrar al tianguis y después regresaban a toda velocidad en dirección opuesta. Es claro que estaban entrando a asaltar. Como había dicho, siempre puede suceder que algún incauto entre al área comercial, aunque no esté en funcionamiento, y tenga la mala suerte de ser víctima de una de estas incursiones. Terminé de comer y caminé una vez más por la calle; llegué a la explanada en la que teníamos planeado hacer la entrevista y permanecí cerca de unos 20 minutos esperando; el vacío del lugar comenzó a preocuparme; sentía

que era particularmente visible y endeble. Decidí suspender mi espera y reanudar la entrevista al día siguiente.